

LA MATEMÁTICA DEL SILENCIO

ANTONIO MERINO

De nuevo son las cuatro de la mañana
Roque Dalton

De nuevo son las cuatro de la mañana y escribo:

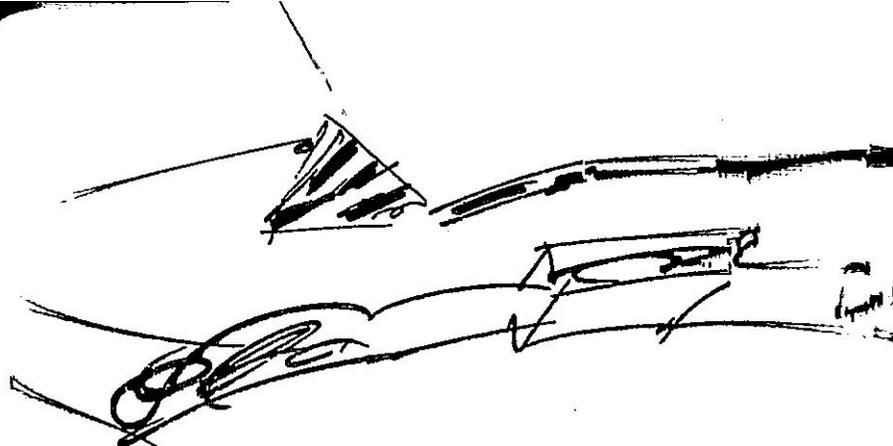
«En la estación me dijeron que te encontraría aquí.»

No se qué pensar. Parece que algo no funciona bien. Es la misma sensación de hace unos meses, cuando vi por primera vez «Una mujer de París» de Charles Chaplin. En aquellos momentos me encontraba tremendamente decepcionado. No sabía que decir. Algo no cuadraba realmente con la idea que yo tenía del genial Charlot. Sin lugar a dudas aquello fue un punto de partida para analizar más detenidamente lo que tantas veces había observado, pero sin la capacidad de penetración y de imaginación que «Una mujer de París» me había proporcionado.

Es tal el caudal de imágenes, emociones, sonidos y efectos psicológicos, que cada fotograma es un poema y cada poema un sonido distinto y cada sonido una imagen coloreada por el más genial de los pintores. El arte, una vez más, hace de las suyas y juega con nuestra imaginación dando los tonos de emoción que el ser humano pide o necesita. Todo depende de las condiciones y del ánimo del espectador.

Llegados a este punto, la obra de arte se simplifica para convertirse en una palabra, un gesto, un color, un cuerpo. Yo no sabría distinguir en una obra de Alejo Carpentier o en unos poemas de César Vallejo o en una pintura de Picasso o Braque o en un film de Visconti, o simplemente en una sinfonía de Bach o Albinoni lo que es realmente poesía de lo puramente musical. Novela o poema épico. Color o volumen.

En la poesía se trabaja con palabras y cada palabra se forma con sonidos y cada sonido equivale a una escala determinada de notas, y así sucesivamente hasta llegar a un determinado escalafón en que todo se difumina, pierde su encanto inicial y se convierte en algo frío, sin vida aparente. Se convierte en un número. Y el número acaba por desapa-



... para dar paso al silencio. Y del silencio nace de nuevo el poema.

«Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio» (1).

El silencio entendido como reflexión anticipadora de lo que el poeta intriga, maquina, recrea, hace y desace a su antojo. Mata, se enamora, llora amargamente, se refleja, vive y muere contemplando su propia destrucción a partir de un número, de un silencio que, a veces, ni él mismo sabría decir cómo y por qué está ahí pero que sin él no existiría el poema, y sin el poema no es posible entender a Leonardo, Mahler, Holderlin, Lezama Lima, Matisse, Fellini, José de Creff, Buster Keaton, etc..., o simplemente el amor de Anna, los besos de mamá, la sonrisa del hijo, el pan, el trabajo, la soledad, el miedo, la esperanza. Todo cuanto vemos, tocamos, oímos o sentimos, de alguna forma está creando un poema.

La creación de lo subjetivo

Si Lord Byron viviera, no cabe duda de que todo su Romanticismo daría paso a un nuevo fenómeno poético que podríamos llamar «La creación de lo subjetivo».

Muchas veces se ha dicho que la obra de arte se explica por sí sola y que por lo tanto la función del crítico queda fuera de lugar, siempre y cuando el crítico no sea el propio artista, ya que entonces

(1) José Angel Valente. Diario 16 (suplemento cultural Disidencias). N 11. 29 de enero de 1981.



estariamos negando toda posibilidad de desarrollo creativo. Esa espoua de intermediário entre la obra y el espectador que es el crítico, de alguna forma suplanta al creador que es el que tiene la última palabra en lo que respecta a la obra. Tratándose de un poema, el crítico-espectador (o espectador-crítico, intentará adentrarse en los versos y descubrir, (o mejor dicho, encontrar toda esa gama posible de sonidos, colores, voces, etc..., que el poeta ha plasmado en el papel para llegar al corazón humano. El secreto que pueda encerrar un poema solo tiene sentido si esa intimidad autor-espectador no queda rota por la palabra. La palabra juega aquí un papel fundamental. La unión, la forma en que están unidas dichas palabras configura y da sentido al poema. Ahí tenemos la poesía de José Angel Valente (2) o del fecundo y recientemente reaparecido José Hierro (3), en el que el ritmo y la musicalidad están supeditadas a la fuerza de esa unión tan rica en voces. Se diría que en Valente y más aún en José Hierro, la poesía alcanza un grado de seriedad, sencillez y emotividad que dejan al espectador desarmado para cualquier interpretación. Sin embargo, algunas veces, esa emotividad puede ser objeto de múltiples interpretaciones. La subjetividad del poema —y por lo tanto del poeta— no está sujeta a ninguna regla. El poeta se rige solo por sus propias sensaciones y emociones. No hay nada más bello que la propia creación de una imagen. Esta es la única regla universal que el poeta asume.

De esta subjetividad nace el deseo de interpretación de un poema que, sin ir más lejos, va a encontrar un buen apoyo en el amor o el desencanto, la soledad o la fantasía de quien toma partido y se hace

(2) José Angel Valente. «Punto Cero. 1953-1980.» Ed. Seix Barral. Barcelona 1981.

(3) José Hierro. «Antología.» Ed. Visor. Madrid 1981.

plonamente responsable, asumiendo con toda la fuerza y rigor lo que allí está sucediendo.

Cuando Allen Ginsberg (4) nos habla de América, de sus grandes avenidas, de la lucha diaria de negros y chicanos por sobrevivir, de la angustia que se encierra en ese inmenso territorio, de alguna manera estamos siendo partícipes de su sufrimiento, de sus alegrías, de sus esperanzas. Al igual que el poeta goza o padece cada poema, el espectador consigue con la magia de su imaginación, que los versos tomen cuerpo, sean algo vivo, sentido. El poema muere en el papel cuando nuestros ojos, nuestras voces no son capaces de traspasar los límites que nos impone la palabra.

Cuando José Ramón Ripoll (5) canta el sufrimiento del toro a la hora de morir en el ruedo, cuando miles de voces están en la calle gritando su propio destino, uno se agarra las manos y reza —aunque no sepa rezar— para que cese el miedo, la sangre, las sirenas, y se cierre el toril de una vez por todas y para siempre jamás.

Y maldigo al poeta que intente escapar de lo que allí está escrito. Nada más lejos y más triste que un poeta que no siente, que no ve ni oye. Vacío de palabra, arrugado de espíritu. Su silencio será su muerte. Será solo un número al pie de un papel en blanco y todos lloraremos su desaparición. Hasta que dentro de unos años, muchos, muchos años, los niños aprendan a leer con los versos del poeta, y cuando sumen uno más uno, se darán cuenta que la operación es un poema, y escribirán tantos versos como cifras, tantos silencios emocionados que la poesía no tendrá ya razón de ser. Pero para entonces, yo ya estaré lejos.

(4) Allen Ginsberg. «La caída de América.» Ed. Visor. Madrid 1981.

(5) José Ramón Ripoll. «La Tauromaquia.» Ed. Ayuso. Madrid 1981.